

031B01

1. Don Quijote encuentra a dulcinea un lluvioso sábado por la mañana en Ikea

En un lugar, poco concreto, entre Madrid y Toledo se hallaban Sancho panza y Don Quijote de la Mancha, en la mañana de un sábado, momentos antes de comenzar a llover. Venían discutiendo, ya que Sancho decía tener mucha hambre, a pesar de que hubiesen pasado escasamente dos horas desde que habían desayunado. Don Quijote en cambio se esforzaba por encontrar la ruta hacia un lugar donde refugiarse. Fue entonces cuando en su caminata, Don Quijote distinguió un cartel. - Sancho amigo mío, acércate y maravíllate conmigo, pues he encontrado el camino hacia un reino donde se encuentra mi amada Dulcinea - dijo Don Quijote. Sancho no entendía muy bien lo que su señor trataba de decirle, simplemente observaba el cartel que Don Quijote señalaba en el que aparecía una señorita que lucía una tiara y que parecía encontrarse en un castillo. Si Sancho hubiese sabido leer y si la cordura fuese característica de Don Quijote, se hubiesen percatado de que en realidad era un anuncio de Ikea, haciendo propaganda a su nueva campaña: "Ikea: construye tu propio reino", junto con otros mensajes como "25% de rebajas en vajillas y colchones" o "dos por uno en sábanas". Don Quijote se encontraba muy entusiasmado y le preguntó a Sancho por su emoción, el cual tuvo que dejar a un lado su poca convicción y acompañar a su señor. Siguiendo así las líneas que apuntaban recto, al poco rato llegaron al Ikea.

Al entrar, Don Quijote le recuerda a Sancho que hay que guiarse con cautela por aquel extraño lugar, ya que podía confundirles. Y así fue como poco a poco avanzaron por las distintas secciones de las exposiciones de habitaciones para niños de diez a doce años. Don Quijote veía las imágenes de los pasillos de las familias modelos y se preguntaba por cómo habrían sido las vidas de estas familias reales que hoy en día decoraban los pasillos del reino. Sin embargo, en medio de esta travesía, Sancho se despista con un olor delicioso a comida, que siguiendo su rastro le llevó, más rápido de lo que nadie hubiese sido capaz en esos largos pasillos de Ikea, hasta la sección de comidas. Sancho hizo caso omiso a las preguntas del dependiente acerca de si ya era

socio del Ikea o si deseaba serlo y simplemente trató de darle una respuesta rápida para poder empezar a comer, por supuesto sin tener idea del pequeño detalle que se le escapaba, pagar.

Al poco rato, cuando Don Quijote trató de dirigirse a Sancho, se percató de que este no se encontraba a su lado. Don Quijote se entristeció mucho. “Oh amigo Sancho, que has sido vencido por este extraño reino, de cuyas paredes ya no podrás librarte, de cuyas fronteras no pasarás”, dijo Don Quijote, “prometo encontrar a Dulcinea y salir de aquí, como símbolo de la victoria de ambos”. Y así fue como Don Quijote continuó su aventura por la sección de jardinería.

En algún momento, Don Quijote llegó a la sección de dormitorios y divisó a una joven que tuvo la mala fortuna de trabajar en el sábado de liquidación, por lo que llevaba una tiara mientras decía en alto que “eran los reyes de los colchones”. Don Quijote quedó maravillado, aunque un poco confundido por el atuendo de la joven (pues el uniforme de Ikea no es lo más parecido a las finas telas del vestido de una princesa), sin embargo, esto no es un obstáculo para Don Quijote, que sin pensarlo se acercó a la pobre dependienta. “Dulcinea, mi señora, por fin he conseguido encontrarla”, dijo Don Quijote. La dependienta se quedó perpleja, pero, acostumbrada a los disparates de muchos clientes trató de manejar la situación: “Verá señor, yo no me llamo Dulcinea, pero si está buscando a alguien que responda a ese nombre puedo avisar a un compañero y pedir que se acerque a la caja”. Don Quijote se disgustó mucho y pensó que su amada dulcinea se encontraba bajo un hechizo, por lo que debía sacarla pronto de ahí. Decidido, Don Quijote trató de alzar a la dependienta y huir, pero al ver a dos hombres de seguridad avanzar rápidamente hacia él, sus impulsos caballerescos desaparecieron y tuvo que huir solo, esta vez, de los hombres de seguridad.

En medio de la persecución Don Quijote, que ya había conseguido despistarles (dado que es prácticamente heroico no perderse por esos pasillos), llegó a la zona de los espejos. La exposición de una sala llena de espejos y luces por todas partes. Esta imagen desconcertó a Don Quijote, ya harto de los hechizos de aquel reino y asustado, ya que en vez de pensar que era simplemente su

reflejo, pensó que el hechicero o la magia que controlaba el reino comenzó a enviarle muchos clones de él. Esto finalmente acabó con Don Quijote rompiendo absolutamente todos y cada uno de los espejos expositivos, ruido que fue suficiente para que finalmente los hombres de seguridad diesen con él.

A la salida de Ikea se reunieron con más personal de seguridad que acompañaba a Sancho, al que se le había pillado tratando de escapar de un dependiente de cocina, pero, al haber llovido había caído nada más salir. Por suerte, estos dos no fueron a la cárcel, aunque sí que se les prohibió la entrada a cualquier Ikea, así como acercarse a menos de cien metros del mismo